

Va contando despues las calidades excelentes del alma del hombre, reduciéndola á siete capitulos; y concluye: que el alma del hombre es la que, entre todas las criaturas, se acerca mas á la naturaleza de Dios. Con esto concluye el tratado, sin querer entrar en las otras quëstiones que Evodio le habia propuesto. Estas eran: ¿por qué el alma fué unida al cuerpo; qué cosa es esta alma quando entra en el cuerpo, y qué viene á ser quando sale de él? Compuso San Agustin este tratado en el año 388.

VI. Quando San Agustin, saliendo de su retiro, volvió á Milán el año 381, se puso á escribir el tratado sobre las ciencias, como lo dice en sus retractaciones. Solamente pudo concluir el de la gramática; pero empezó los tratados de lógica, retórica, geometría, aritmética, y filosofía. El mismo Santo no sabia, quando compuso sus retractaciones, en qué habian parado estas obras: al mismo tiempo empezó los seis libros de la música; los que acabó despues volviendo á Africa por los años 389. En el primer libro habla de la música en general: en el segundo de las sílabas y los pies: en los tres siguientes trata de la mensura de la cadencia y de los versos. En el ultimo dice: que la música debe levantar el corazon y el espíritu á una armonia, divina y celestial.

El libro del Maestro, escrito por San Agustin por los años 309, es un dialogo entre el Santo y su hijo Adeodato, en el qual hace ver que no son las palabras de los hombres las que nos instruyen, sino la eterna verdad, que es Jesu-christo, Verbo de Dios, que interiormente nos enseña todas las verdades.

VII. De los tres libros, que tratan del libre albedrio, compuso el primero en Roma el año 388, y los otros dos en Africa por los años 395. En este primero trata San Agustin aquella quëstion tan dificil del origen del mal; y despues de haber explicado qué es hacer mal, demuestra que todo el mal viene del libre albedrio, que voluntariamente sigue los

movimientos de la concupiscencia. Añade: „que nuestra voluntad es la que nos hace felices ó infelices: que si no somos dichosos, aunque deseamos serlo, es porque no queremos vivir conforme á la ley del Señor, sin la qual es imposible ser felices.”

En el libro segundo de la dificultad propuesta por Evodio, ¿por qué Dios dexó al hombre la libertad de pecar, quando le es tan perjudicial? Suscita el Santo otras tres quëstiones. ¿Por qué estamos asegurados de que hay un Dios? Si todos los bienes provienen de él; si la voluntad es libre, asi para hacer el bien, como para hacer el mal? Todas estas dificultades las resuelve San Agustin. Hace ver que el libre albedrio se nos dió para el bien: que le recibimos de Dios: que hay un Sér mas perfecto que nuestra alma: que este Sér es la misma Bondad, la misma Verdad, la misma Sabiduría: que todo quanto hay bueno y perfecto viene de él, y que el libre albedrio debe colocarse en la clase de los bienes: que hay tres suertes de bienes: que los mayores son las virtudes, por las cuales vivimos bien: que las ideas de los objetos corporeos, sin las quales no se puede vivir bien, son los mas pequeños bienes; y que las potencias del alma son los bienes medianos: que de los primeros no se puede abusar; pero se puede usar mal de los segundos y de los terceros. Que el libre albedrio entra en el número de los bienes medianos: que si la voluntad se aficiona al Bien Supremo, hace al hombre feliz; mas quando se aparta de él por aficionarse á otros objetos, se hace delinquente é infeliz. No son males la voluntad, ni los objetos que la inclinan; sino que, la separacion de Dios por amar las criaturas, es el mal y el pecado. Ahora bien, Dios no es Autor de esta infeliz separacion: mas ¿de dónde nos viene este movimiento de aversion? Esto es lo que explica San Agustin en el libro tercero. No es natural esta aversion, supuesto que es culpable: es libre, y es voluntaria; y para salvar la justicia del Señor, basta decir, que puede el hombre no separarse de

Dios. Mas ¿cómo se podrá concordar esta libertad con la presciencia Divina? No hay cosa mas facil, dice San Agustin en este lugar: nosotros somos libres, quando hacemos por eleccion la que queremos. La presciencia de Dios no nos quita esta eleccion: por el contrario, la supone; porque en Dios es un conocimiento de nuestras libres voluntades. ¿Se podrán imputar al Criador las faltas de la criatura, porque no la hizo impecable? ¿No serian los hombres mucho mas perfectos, si en un instante los hubiera criado en el estado en que se hallan los Angeles y los bienaventurados que no pueden separarse del amor de Dios? Pero responde San Agustin: ¿por ventura, de que se pueda concebir un estado mas perfecto, se infiere que Dios tuviese obligacion á criarnos en él? ¿No será mejor creer que tuvo Divinas razones para no criarnos con mayor perfeccion? Hay en las criaturas diferentes grados de perfeccion. Si el estado de una criatura que goza de Dios es la suprema felicidad, el de una criatura que está expuesta al pecado, y tiene esperanza de recobrar la bienaventuranza que ha perdido, tambien entra en el orden de Dios, y es muy superior al de una criatura que estuviese en eterna necesidad de pecar. El estado de estos ultimos sería el mas miserable de todos; y no obstante, no hay razon para acusar á Dios de injusticia, por haber dado el sér á unas criaturas que conocia que habian de ser eternamente infelices. No es Dios causa de su pecado; el mismo sér que las dió, siempre es una proteccion de Dios; sus pecados y su miseria contribuyen á la perfeccion del universo, y hace que resplandezca la justicia de Dios en el castigo de sus pecados. ¿Cuál es, pues, la causa de los pecados? No hay otra que la misma voluntad, que libremente, y con conocimiento y eleccion se arroja al mal; porque si no hubiera poder para resistir al pecado, y si no hubiera capacidad para conocerle y evitarle, no hubiera pecado." ¿Por qué, pues, castiga Dios los pecados de ignorancia? ¿Por qué reprehende algunas acciones que se hacen por necesidad?

¿Qué quieren decir aquellas palabras del Apóstol: *yo no hago lo bueno que quiero, sino lo malo que no quiero?* Todo eso, dice San Agustin, se dixo por los hombres que nacióron despues que el género humano fué condenado á la muerte por el pecado del primer hombre: pues si este estado fuera natural al hombre, y no fuera pena de su pecado, no habria pecados de ignorancia." (1)

Aqui es á donde responde San Agustin á la mayor dificultad que podian proponerle contra el pecado original. ¿Qué tenemos nosotros, pobres miserables, decian, con que Adan y Eva hayan pecado, para que asi estemos abandonados á la ignorancia y á la concupiscencia? ¿Será razon que por esto se nos oscurezcan el conocimiento de los preceptos de la justicia, y que quando empezamos á conocerlos, nos hallemos en una especie de necesidad para no cumplirlos, por la fuerte resistencia que la concupiscencia nos hace? Confiesa San Agustin, que sería justa esta queixa, si fuera imposible al hombre superar la ignorancia y la concupiscencia: pero dice, que estando Dios presente en todas partes para llamar á la criatura á su servicio, enseñarla lo que debe creer, consolarla en sus esperanzas, confirmarla en su amor, y ayudarla en sus esfuerzos, y oirla en sus oraciones, no puede quejarse el hombre de que se le impute lo que ignora: á sí mismo se debe acusar por no haber procurado saber lo que ignora. No es culpa del médico que el enfermo no use de sus miembros maltratados;

(1) En el pecado original hay el pecado y la pena del pecado; ésta consiste en la rebeldia de las pasiones contra la razon, y en las heridas que padeció el entendimiento; bien que le quedó suficiente luz para no tener excusa quando peca el hombre. Con el Bautismo se borra el pecado; pero nos queda la pena ó rebeldia de los apetitos, porque recibimos la naturaleza en un estado muy diferente de aquel en que Dios

la crió inocente y santa. Los modernos impios que se llaman á sí mismos filósofos, tienen dificultades que no podrán vencer entretanto que no entren en la idea de que la naturaleza humana está viciada: tambien las tenían los Gentiles, pero se las destruyeron con la noticia que les diéron del pecado original. *El que desea saber la voluntad de Dios, hágase amigo de Dios. 1. cont. Man.*

pero el enfermo es culpable, por despreciar al médico que le quiere sanar. Pues ninguno ignora que utilmente se busca el conocimiento de las cosas que no se saben, y se tienen por necesarias; y tambien se sabe suficientemente, que para lograr el auxilio Divino, es preciso confesar con humildad su flaqueza.

Aun restaba una dificultad considerable. ¿Por qué una alma inocente llega á quedar sujeta al pecado por la union de esta alma con el cuerpo? Para explicarla, distingue San Agustin quatro opiniones sobre el origen de las almas. La primera era, que las almas se formaban por la de los padres: la segunda, que Dios las cria de nuevo quando nacen los hombres: la tercera, decia, que las almas estaban ya criadas, y que Dios no hacia mas que enviarlas á los cuerpos: la quarta, que baxan á ellos por sí mismas. Como por entonces el Santo tenia estas opiniones por igualmente probables, por no haberse decidido todavia que las almas vienen por creacion, procura dar alguna razon del pecado original en qualquiera de estas opiniones sobre el origen del alma.

Llega por ultimo á la dificultad que pertenece á los niños que mueren asi que nacen. Responde, que Dios tiene muy sublimes razones para hacerlo asi, y que semejantes questões no deben proponerse. En punto de los que son bautizados sin conocimiento, dice (*satis piè rectèque creditur*, son sus términos): „que la fe de los que ofrecen el niño para que le bauticen, suple por la que no puede tener el niño.” Acerca del dolor y de las penas que supone el Santo padecen los niños, no habiéndolas merecido por sus pecados personales, dice: „que Dios tiene sus fines, quando permite que padezcan; y que puede ser que Dios les recompense de otro modo, asi como cree la Iglesia de los Santos Inocentes, muertos por Herodes, á los que pone en el número de los Mártires.” Desembarazándose de este modo de estas dificultades, trata algunas questões sobre el pecado de Adan.

VIII. Compuso San Agustin los dos libros sobre el Gé-

nesis, contra los Maniqueos, despues de haber vuelto de Africa por los años 389. Refuta las impertinentes dificultades que proponian los Maniqueos sobre los tres primeros capítulos del Génesis, dando razonables explicaciones. Por lo comun se detiene en el sentido literal; pero algunas veces se aparta, contentándose con dar algun sentido alegórico. Como San Agustin habia compuesto estos libros para todo el mundo, y particularmente para desengañar á los mas ignorantes, que se hallaban engañados por los Maniqueos, los escribió con la mayor claridad y sencillez que le fué posible.

IX. No hacia mucho tiempo que San Agustin habia recibido el Bautismo quando escribió los dos libros de las costumbres de la Iglesia Católica, y de las costumbres de los Maniqueos. En el primer libro sienta, como principio confesado por todo el mundo, que ninguno hay que no desee ser feliz; y despues exâmina en qué consiste la verdadera felicidad del hombre. Hace ver, que solo está en la posesion del Supremo bien; y que este supremo bien debe, para hacernos felices, tener dos calidades: la una, que no haya otro bien superior á él, pues de lo contrario, no sería el Supremo bien: la otra, que sea tal, que nadie nos le pueda quitar contra nuestra voluntad. Como estas dos calidades solo se hallan en Dios, prueba con muchos pasages del Evangelio y de las Epístolas de San Pablo, que los Maniqueos debian confesar que solo Dios es nuestro supremo bien, y el fin á que debemos referir todos nuestros pensamientos é intenciones. Cita tambien algunos lugares del antiguo Testamento, semejantes á los que habia referido del nuevo, para que viesen los Maniqueos la conformidad de los dos Testamentos. Exâmina San Agustin en qué consiste el deseo de la felicidad; y halla, que está en buscar á Dios para poseerle. „Le buscamos amándole; le poseemos; no llegando á ser lo que él es, sino uniéndonos con él por un modo admirable.” Vuelve á hablar de las dos calidades del Supremo Bien, y del precepto que tenemos de amarle sobre

das las cosas; y concluye, que nada hay superior á él. También demuestra, que no podemos perderle contra nuestra voluntad, con aquellas palabras de San Pablo á los Romanos: *Ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrán jamás separarme del amor de Dios.* »¿Cuál puede ser el Supremo Bien del hombre, añade, sino aquel en cuya union halla la bienaventuranza? Y ¿quién puede ser éste, sino Dios, al qual no podemos unirnos, sino por la caridad y el amor; esto es, por medio de la virtud, la que no es otra cosa que el soberano amor de Dios.» Trata San Agustín de la templanza, fortaleza, justicia y prudencia; y refiere lo que se dice de ellas, asi en el antiguo, como en el nuevo Testamento. Hace ver que estas quatro virtudes son diferentes expresiones del amor que tenemos á Dios; y que la templanza es un amor que se conserva puro é incorruptible para Dios: que la fortaleza es un amor que lo sufre todo por Dios: que la justicia es un amor que á solo Dios sirve, y por consiguiente manda todo lo bueno á las criaturas que estan baxo su poder: que la prudencia es un amor que distingue entre lo que es util para llevarnos á Dios, y lo que nos puede estorvar. Añade, que el mismo amor del próximo solamente es bueno en quanto se refiere á Dios. Volviéndose despues á los Maniqueos, les dice: «Que la Iglesia Católica no les descubrirá la excelencia y profundidad de sus misterios, entretanto que ellos los impugnen con tenacidad, ladrando contra ella como perros.» Los exhorta á buscar en las escrituras, asi antiguas como nuevas, las reglas que deben seguir en las costumbres, asegurándoles que alli verán como todo debe referirse á Dios. También los conjura á que oigan á los sabios de la Iglesia Católica: y para que nada ignoren de los principios de la moral christiana, les hace una pintura de las virtudes que se practicaban en la Iglesia.

Empieza por las instrucciones generales que da la Iglesia á todos sus hijos, á los quales ordena que sirvan á Dios con un

corazon puro, amando al próximo con tan ordenado amor, que reciprocamente se alivian todos en sus necesidades. »A esto, añade, enseña y exercita á sus hijos con benignidad, acomodándose á su flaqueza: los hombres perfectos son tratados con vigorosa fortaleza, y los ancianos con prudente gravedad. Sujeta las mugeres á sus esposos, obligándolas á cumplir con ellos en casta y fiel obediencia. Establece el dominio de los maridos, respecto de sus mugeres; no para que traten al sexó mas débil con desprecio, sino para que le dominen segun las leyes, de un puro y sincero afecto. Sujeta á los hijos, á sus padres con una servidumbre voluntaria, y da á los padres un imperio de suavidad y benevolencia sobre sus hijos. Une los hermanos entre sí con el lazo de la Religion, que es mucho mas fuerte que el mas estrecho de la sangre. Une con recíproca amistad á los que ha unido el parentesco, conservando de este modo el enlace de la naturaleza y de las voluntades. Enseña á los siervos que tengan ley á sus amos; no tanto por la necesidad de su condicion, como por el placer de servirlos. Obliga á los amos á que traten con suavidad á sus siervos, teniendo presente al Señor comun de todos, que es Dios, y hace que mas bien se inclinen á instruirlos, que á castigarlos. Junta los ciudadanos con los ciudadanos, los pueblos con los pueblos, y generalmente todos los hombres entre sí; no solamente con mutua sociedad, sino con una especie de fraternidad, en memoria de los primeros padres, de quienes todos descendemos. Exhorta á los Reyes á gobernar bien sus pueblos, y á los pueblos á obedecer á sus Reyes. Enseña con distincion á quiénes debemos honrar, á quiénes amar, á quiénes respetar, qué es lo que se debe temer, qué es lo que nos ha de consolar, qué es en lo que se ha de instruir, qué es lo que debemos exhortar, qué reprehender, qué corregir, y qué castigar. Enseñando á los hombres, que no todas las cosas se deben á todos; pero la caridad á todos la debemos, y la injusticia á ninguno. En la Iglesia se sabe, que es mayor delito pecar quando se sabe la ley,

que quando se ignora. En la Iglesia hay personas dedicadas á la hospitalidad, caritativas, misericordiosas, sábias, castas, santas, y no es corto su número. Tambien hay algunos, cuya virtud ha llegado á tal punto, que, á juicio de prudentes, necesitan freno, para que se reduzcan á los límites de la humana naturaleza. Otros hay, que despues de haber despreciado las cosas de este mundo, viven en comun de un modo casto, santo y puro, empleando el tiempo en orar, leer y conferenciar entre sí; viven en una perfecta concordia, ocupados en la contemplacion de las cosas divinas, y en dar gracias por los beneficios que han recibido del Señor. Ninguno de entre ellos posee nada como propio, ninguno es gravoso á otro. Tienen ocupadas sus manos en el trabajo suficiente para alimentar el cuerpo, sin apartar el espíritu de los pensamientos en Dios. Dan su obra á los que llaman Decanos, porque son, dice, los que gobiernan; y estos Decanos son los que cuidan de sustentarlos y vestirlos, como tambien de todas las demas necesidades corporales, asi en la salud, como en la enfermedad. A estos pertenece ordenar las cosas que necesita la humana flaqueza; pero de todo tiene que dar cuenta al que llaman Padre, el qual es por lo comun un hombre santo, y muy habil en la ciencia divina."

Describe San Agustin la vida que hacian los Solitarios, lo que pasa en sus juntas, y cómo se sustentan; advirtiendole, que no permiten que haya entre ellos ninguno que absolutamente no sea necesario. Habla despues de las mugeres que hacian una vida en todo semejante, sirviendo á Dios con tanto zelo y castidad, y viviendo separadas y distantes de los hombres en quanto pide la decencia, sustentándose con el trabajo de sus manos. Pasa despues á los exemplos de piedad que daban en su tiempo muchos Obispos, Sacerdotes, y otros Eclesiásticos, á los que conocia en particular. Sus virtudes le parecian mucho mas admirables y dignas de sus elogios, por ser mas difícil conservarlas en el comercio de los hombres, y en las turbaciones de

la vida comun. Porque no gobiernan tantas personas sanas, como enfermas, que necesitan que las curen; les es preciso tolerar el mal antes de conseguir el quitarle; por lo que no les es facil permanecer constantes en la santa vida. Tambien pondera la virtud de algunos Christianos que en las ciudades hacian vida religiosa baxo la conducta de un Sacerdote, viviendo del trabajo de sus manos. »Quando yo estaba en Milán, dice, ví una casa de Santos, cuyo número era grande, que tenian por Superior un Sacerdote muy sabio y virtuoso. En Roma he visto tambien muchos, cuyos Superiores poseían con eminencia la gravedad, la prudencia y la ciencia divina. A ninguno sirven de molesta carga; porque viven con el trabajo de sus manos, segun la costumbre del Oriente, y el exemplo de San Pablo. Algunos ayunan comunmente por tanto tiempo, que puede pasar por cosa increíble; no solo contentándose con comer una vez al dia, y esto al anochecer, lo que es cosa muy regular en todas partes, sino que se pasaban tres dias enteros, y aun quatro sin tomar alimento ni bebida alguna. En este genero de vida los imitan comunidades de viudas y de vírgenes que viven de hilar lana y texer telas. Las gobierna la Superiora, que es entre ellas la mas prudente y experimentada, y de suficiente conocimiento para arreglar las costumbres, y para instruir los espíritus. Entre todos estos ejercicios de piedad, á ninguno se precisa á las austeridades que no puede llevar; á ninguno se le manda lo que rehusa cumplir; y los otros no le desprecian porque no les imita, quando conocen que no tiene las suficientes fuerzas. La caridad lo arregla todo entre ellos; no desprecian ciertos manjares como malos, sino con el fin de domar la concupiscencia, y de conservar el amor con todos los hermanos. Los que no comen carne ni beben vino, no por esto creen que son alimentos impuros; pues quando estan enfermos usan de lo que se privaban en tiempo de salud."

En el segundo libro, intitulado: *de las costumbres de los Maniqueos*, refuta San Agustin su error capital en punto de

la naturaleza y origen del mal. Exâmina despues lo que llamaban los tres sellos, de la boca, de la mano y del pecho, que comprehendia todas sus abstinencias y prácticas supersticiosas, y les da en cara con muchos delitos de que estaban convencidos.

X. El libro de la verdadera religion es el ultimo de los que compuso San Agustin quando aun no era Sacerdote. Le escribió, pues, antes del año 391, en el que recibió la honra de esta dignidad. En él dirige algunas veces sus palabras á todos los hombres; pero regularmente habla con Romaniano, su paisano y bienhechor. En el capitulo 14. dice: *Que es tan preciso que el pecado sea voluntario, que la accion que no es voluntaria no puede ser pecado*: máxima que pudiera parecer falsa, como lo advierte en el libro de sus retractaciones; pero es una verdad constante, si bien se la exâmina, y si por *pecado* se entiende lo que efectivamente lo es, y no lo que ya es pena del pecado. Añade para mayor exâctitud de esta máxima: «Que los pecados que se cometen por ignorancia afectada, ó por los deseos que gustan y se quieren, son voluntarios, pues no pueden ser cometidos sin la voluntad; porque el que peca, aunque sea por ignorancia voluntaria, éste hace la accion que no debe hacerse, aunque la cree permitida. El pecado original, dice, tambien es voluntario; porque fué la voluntad del primer hombre, la que le dió esta calidad para todos sus descendientes.» Quiere San Agustin que no se tome en todo rigor lo que dice en el capitulo 25; esto es, *que ya en su tiempo no habia milagros, para que los hombres no se aficionasen siempre á las cosas sensibles*, reconociendo que todavia se hacian milagros en la Iglesia, y aun él mismo habia visto algunos en Milán.

El primer principio que establece San Agustin en esta obra es, que la religion que nos enseña á adorar á un solo Dios, es la unica que puede guiarnos á la verdad, á la virtud y á la felicidad; de lo que infiere, que sin duda vivié-

ron en el error los que mas quisieron adorar muchos dioses, que uno solo. Advierte, que los filósofos Paganos que pensaban en punto de la Divinidad, diferentemente que el pueblo, no dexaban de unirse con él en el culto exterior que daban á los falsos dioses. Refiere lo que pensó Sócrates sobre las falsas divinidades; y dice: «Que Platón no hubiera tenido dificultad en reconocer y seguir la Religion Christiana, si hubiera vivido despues de su establecimiento, viendo que las máximas mas elevadas de la filosofia en punto de la Divinidad, y la necesidad de purificar su alma, la que desesperaba de poder persuadir á los Paganos, no solamente se predicaba por toda la tierra, sino que la seguian una infinidad de Christianos.» Cita sobre este punto el exemplo de los Mártires que padecieron el fuego y los tormentos, y el de muchos millares de jóvenes y santas vírgenes, que, muy distantes de abrazar el matrimonio, pasaron su vida en la castidad. Dice: «Que los filósofos no pueden menos de reconocer que hay un solo Dios que obra todas las maravillas, y aun creerian en él sin detenerse en las opiniones de sus mayores, si volvieran al mundo, y viesen las Iglesias llenas, y los Templos desiertos. A lo menos, añade, no hay razon para buscar la verdadera religion entre los filósofos, pues aprobáron con sus acciones un culto que condenaban en sus discursos. Tampoco se debe buscar en la confusion del Paganismo, ni en la impureza de la heregía, ni en la inquietud del cisma, ni en la ceguedad del Judaismo; solamente se halla en la Iglesia Católica, derramada generalmente por toda la tierra, á cuyo bien sirve el extravío de los demas. Se sirve la Iglesia de los Paganos, como de materia de la qual hace sus obras; de los Hereges, como de prueba; de la pureza de su doctrina; de los Cismáticos, como de una señal de su constancia; y de los Judíos, para que sobresalga su resplandor y hermosura. Convida á los Paganos, arroja de sí á los Hereges, abandona á los Cismáticos, pasa elevándose sobre los Judíos: no obstante, á todos abre la entrada á los misterios,

y la puerta de la gracia , ya formando la fe de los primeros , ya reformando el error de los segundos , ya recibiendo en su seno á los otros , y ya esperando á los ultimos para que abracen la compañía de sus hijos.”

Despues de haber demostrado que debemos desechar las falsas religiones que acababa de nombrar , concluye : „Que es preciso no separarse de la Religion Christiana , ni de la comunión de la Iglesia que es Católica ; y se llama Católica , no solamente por sus hijos , sino por todos sus enemigos ; los que quando hablan de la Iglesia Católica no la dan otro nombre que el de Católica , asi entre sí , como con los demás. El primer fundamento de esta Religion , es la historia y la profecía , las que nos descubren la conducta de la Divina Providencia en el transcurso de los tiempos para la reparacion y formacion del género humano , y para procurarle la vida eterna. El segundo , son los preceptos Divinos , que deben ser la regla de nuestra vida , y purificar nuestro espíritu para hacerle capaz de las cosas espirituales ; esto es , de conocer que hay un Dios en tres personas , Padre , Hijo , y Espíritu Santo ; los que sin division alguna criaron el mundo y todo quanto contiene , y creer la Encarnacion , y todos los misterios que la acompañan. Dice despues San Agustin , que la Iglesia saca alguna utilidad aun de los Hereges ; no porque la sirven para enseñarla la verdad , la que ellos ignoran , sino dando motivo á los Católicos , que sean carnales , para que busquen la verdad , y á los espirituales para que la descubran y publiquen.” Hace ver que el pecado debe ser voluntario ; lo que prueba primeramente por el conocimiento de los Doctores , y aun de los que no lo son ; y lo segundo , porque si no hacemos el mal voluntariamente , serian inutiles las exhortaciones y reprehensiones , y por consiguiente todas las leyes de la Religion Christiana. Añade : que la muerte , la enfermedad de los cuerpos y el dolor , son penas del pecado ; pero que no son inutiles : porque asi como los bienes inferiores nos engañaron con su dul-

zura , es preciso tambien que las penas nos curen y nos instruyan con su amargura.

Vuelve á tomar la materia de la Encarnacion , que habia principiado arriba , y dice : „Que la bondad de Dios para con los hombres nunca habia resplandecido tanto como en este misterio : que el Hijo unico de Dios , consubstancial y coeterno al Padre , quiso hacerse hombre para salvar á todo el hombre , naciendo de una Muger , para que ninguno de los dos sexos se tuviese por despreciado de su Criador : que no empleó la violencia para atraer los hombres á sí , sino la persuasion : que se manifestó Dios por sus milagros , y hombre por su pasion y muerte : que nos enseñó con su exemplo á amar la pobreza y los oprobrios , privándose voluntariamente de todas las cosas , cuyo deseo nos impedia vivir bien , y sufriendo todas aquellas cuya aversion nos aparta del amor , y de la investigacion de la verdad : porque solamente se puede pecar de dos modos : ó deseando lo que Jesuchristo despreció , ó huyendo de lo que padeció. Su vida , dice tambien San Agustin , fué una continúa instruccion para el arreglo de nuestras costumbres ; y resucitando de entre los muertos , nos enseñó que nada de la humana naturaleza perece , y que debemos esperar que algun dia nos veremos libres de toda suerte de trabajos.” Esta es la regla que da para la inteligencia de la Escritura : lo que es obscuro en punto de los misterios , se arregla y se explica por lo que está claro. Da la razon de esta obscuridad , diciendo : „Que si en la Escritura estuviese todo claro y facil de entender , no hubiera tanto deseo y aplicacion para buscar la verdad , ni tanto placer en encontrarla.” Entre los dos Testamentos pone esta diferencia : „Que en tiempo de la ley , el pueblo Judío era atraído á la obligacion por el temor principalmente ; y asi llevó la carga de una multitud de ceremonias ; siendo asi que ahora en la nueva ley empieza la piedad por el temor , y se perfecciona por el amor. El Hijo de Dios nos libró , haciéndose hombre , de la ser-

vidumbre de la ley, y abolió las ceremonias legales; estableció pocos Sacramentos, pero muy saludables, para mantener la sociedad del pueblo Christiano. Si los Christianos no tienen los propios Sacramentos que tenían los Judíos, no se infiere de aquí que los dos Testamentos no son de un mismo Dios. ¿No sucede que un prudente padre de familias da órdenes mas severas á algunos criados que necesitan de un trato mas duro, que á otros que quiere adoptar por hijos? Si me arguyen que los preceptos de la ley antigua no son tan excelentes como los de la ley nueva, y que por consiguiente no pueden ser de un mismo Legislador, podré responder, que Dios ha procedido como un médico que alivia por sus Ministros á los mas débiles, y por sí mismo á los mas fuertes (1).

Trata despues San Agustin de la naturaleza del mal, y dice: „Que consiste en el apego vicioso de la voluntad á las criaturas corporales. Dos caminos distingue, que nos guian á la salud, y son, la razon y la autoridad; advirtiendole, que se conforman bien entre sí.” Porque siguiendo, dice, la autoridad, no se dexa de seguir á la razon; siempre que se considere á quién se debe creer. La autoridad reside en los libros santos, y en el testimonio de los que han creído el Evangelio, á vista de los milagros que Dios hizo para establecerle en toda la tierra. La razon advierte al hombre que se separe de las criaturas para llegarse solamente á Dios; pero no le advierte últimamente, sino con el auxilio de las luces de la Suprema Verdad, que es Dios.”

XI. En el tomo segundo hay 270 cartas divididas en quatro clases, desde la conversion de San Agustin hasta su Obispado, y desde su Obispado hasta la heregia de Pelagio, y las

(1) Esto es lo que dice el sabio Benedictino Ceillier. Las expresiones de San Agustin son estas: „Como un sábio médico que varia sus disposiciones, prescribiendo por medio

de sus Ministros algunos remedios para los mas flacos, y dando otros por sí mismo á los mas fuertes, para que recuperen ó adquieran la salud. *Aug. de morib. Eccl.*

otras hasta el fin de su vida: la quarta clase contiene las cartas de data desconocida. Entre las de la primera clase, la que escribió á Valerio Obispo de Hipona, es una especie de memorial que le presentó San Agustin, quando fué elevado al Sacerdocio, pidiéndole permiso para retirarse por algun tiempo á estudiar la Santa Escritura, y á prepararse para los ejercicios de tan santo ministerio. De este modo fué escrita esta carta en 391: dice desde luego: „Que asi como no hay cosa mas agradable que las dignidades de Obispo, Presbítero y Diácono, ni cosa mas dulce y facil que cumplir con estos ministerios, quando se quieren desempeñar con cierta especie de indiferencia, lisonjeando á los hombres en sus desórdenes; asi tambien no hay cosa mas infeliz ni mas odiosa en la presencia divina: que por el contrario, nada hay mas santo ni mas penoso al mismo tiempo, que desempeñar las funciones de estas mismas dignidades, segun las reglas del Christianismo.” Cuenta despues como le habían ordenado contra su voluntad, y las lágrimas que habia derramado en el tiempo de su ordenacion, por contemplarse indigno de tan santo ministerio, y por faltarle las calidades necesarias para su perfecto desempeño. Suplica, pues, á Valerio que le permitiese recurrir á los remedios y confortativos que hay en las Santas Escrituras para sacar de ellas las fuerzas proporcionadas para tan peligroso empleo. „Alli encontraré sin duda las instrucciones saludables, que pueden hacer á un ministro de Jesuchristo capaz de exercer útilmente las funciones Eclesiásticas, y de portarse en medio de los malos, de tal suerte, que pueda vivir con una conciencia pacífica, ó á lo menos, morir por no perder aquella vida que es único objeto de los suspiros de un corazón, lleno de la suavidad y humildad de Jesuchristo. ¿Y cómo se podrá llegar á este punto sino es orando, instando y llamando á la puerta? Esto es, á fuerza de lecturas, súplicas y lágrimas.”

XII. Habia mucho tiempo que Aurelio era Obispo de Cartago quando escribió á S. Agustin, pidiéndole el socorro de sus